

Dos cosas eran de temer. Las visitas domiciliarias habían abierto á la masa de los comisarios armados los palacios de los ricos, revelándoles un mundo desconocido de opulencia y de goce, atizado su codicia, daba á los pobres no el deseo del pillaje, pero sí una excitación de la ira, de sombrío furor; no se confesaban los diversos sentimientos que los trabajaban y creían no odiar á los ricos si no como aristócratas, como enemigos de Francia. Gran peligro para el orden público. Si el terror popular no hubiese circunscrito su objeto, quién sabe lo que hubiera pasado en los barrios de los ricos, especialmente en las casas de los vendedores de plata, que la Comuna, muy imprudentemente, había declarado dignos de la pena de muerte.

Otro peligro no menos grave de las visitas domiciliarias fué que cambiaron en guerra abierta la sorda hostilidad que existía desde hacía veinte días entre la Asamblea y la Comuna.

Volvamos á estos veinte días. La Asamblea, poco segura de sí misma, se había dejado arrastrar por la Comuna, tratando de deshacer lo que esta hacía; después, cuando enseñó los dientes, la Asamblea retrocedió con torpeza. La Asamblea hubiera debido suspender al Directorio del departamento, enteramente realista: la Comuna lo hizo por ella. Entonces la Asamblea precipitadamente decretó que las secciones nombrasen nuevos administradores del departamento; por un decreto ordenó que la policía de seguridad, que pertenecía á los communes, no obrara si no con autorización de los administradores del departamento, y que estos mismos necesitaban el consentimiento de un comité de la Asamblea, la cual de este modo hubiera sido el centro de la policía del reino y hubiera conservado todos los hilos en la mano.

Para hacer aceptar dulcemente todo esto á la temida Comuna, la Asamblea votó generosamente para ella la suma enorme, monstruosa, de cerca de un millón mensual para la policía de París. Pero este donativo no enterneció á la Comuna, la cual declaró que no quería intermediario entre ella y la Asamblea, que no toleraría un Directorio de París, añadiendo esta amenaza: «Si no será preciso que el pueblo se arme aun de su venganza.» La Asamblea tuvo vergüenza de revocar su decreto; Lacroix halló un medio de retroceder honrosamente; se decidió que hubiera un Directorio, pero que no dirigiera nada, limitándose á vigilar las contribuciones.

La Comuna, preciso es decirlo, había colocado su dictadura en las terribles manos, no de los hombres del pueblo, si no en las de los miserables escribas, los Hebert y los Chaumette. Confió á éste la facultad de abrir y cerrar las prisiones, de detener y decretar la libertad. Tomó también otra decisión, infinitamente peligrosa, la de anunciar en las puertas de las prisiones los nombres de los prisioneros. Estos nombres, leídos y releídos sin cesar por el pueblo, eran para él una constante excitación, un llamamiento á la violencia, como una titilación de todos los deseos crueles, que debían producir el efecto de hacerlos irresis-

tibles. Para quien conozca la naturaleza, semejante anuncio era una fatalidad de asesinato y de sangre.

No es esto todo: la extraña dictadura, lejos de inquietarse por la vida de tantos proscriptos, no temió hacer otros. Hizo imprimir los nombres de los electores aristócratas de la Santa Capilla. Decidió que los vendedores de plata *serían castigados con pena capital*. Nada la detenía; se puso á dictar juicios sobre individuos en un momento en que el derecho de manifestar su opinión equivalía á la muerte. No sé que individuo fué á pedir á la Comuna que decidiera que *Mr. Dupont había perdido la confianza de la nación*. Se hizo esta declaración y tuvo Danton que hacer los esfuerzos más perseverantes para impedir que el célebre diputado de la Constituyente, así designado á la muerte, no fuera inmolado tres meses después.

No contenta con pisotear toda libertad individual, dió el 29 de Agosto el ataque más directo á la libertad de la prensa. Mandó á la barra, persiguió en París á Girey Duprey, joven y atrevido Girondino, por un artículo periodístico; llegó hasta hacer registrar el ministerio de la Guerra, en donde según se decía, se había refugiado Girey Duprey. La Asamblea á su vez mandó á su barra al presidente de la Comuna Huguenin, quien no se dignó comparecer, por lo cual tomó una resolución natural, pero muy peligrosa en aquella situación, y fué la de disolver la Comuna.

Disolviase esta por sí misma por su furioso espíritu de tiranía anárquica. Cada uno de los miembros de aquel extraño cuerpo ejercía la dictadura, obraba como dueño y por sí solo, sin preocuparse de ninguna otra autoridad anterior, con frecuencia sin consultar á la misma Comuna. No era esto todo: cada uno de aquellos dictadores creía poder delegar su dictadura en sus amigos. Los asuntos más delicados, en que se jugaba la vida, la libertad, la fortuna de los hombres se entregaba en manos de desconocidos, sin mandato, sin misión, por celosos patriotas, desinteresados llenos de buena voluntad pero sin ningún otro título. Iban á casa de los sospechosos (y todo rico lo era), hacían pesquisas, inventarios, se apoderaban de las armas preciosas ó de otros objetos, que decían eran de utilidad pública. Un hecho asombroso de este género fué revelado á la Asamblea. Un quidam que decía ser miembro de la Comuna, mandó abrir el guarda muebles, y viendo un cañón de plata que en otro tiempo había sido regalado á Luis XVI, lo juzgó buena presa y se lo llevó. Cambon, el austero guardián de la fortuna pública, se indignó ante este desorden y llevó á la barra al hombre que tal uso hacía de la autoridad de la Comuna. Compareció el acusado y ni negó ni se excusó; dijo friamente que había pensado que aquel objeto corría gran riesgo de que otros se apoderaran de él y que para evitar tal desgracia, se lo había llevado á su casa.

La Asamblea no quiso saber más; aquel hecho hablaba muy alto. Una sección, la de los Lombardos, presidida por el joven Louvet, había

declarado que el consejo general de la Comuna era culpable de usurpación. Cambon pidió é hizo decretar por la Asamblea nacional que los miembros de aquellos consejos presentaran los poderes que tenían del pueblo: «Si no pueden, dijo, es preciso castigarlos.» El mismo día 30 de Agosto, á las cinco de la tarde, la Asamblea, á propuesta de Gaudet, decidió que el presidente de la Comuna, aquel Huguenin que ordenaba comparecer ante ella, fuera llevado á la barra y que se nombrara por las secciones y en el término de veinticuatro horas una nueva Comuna. Para atenuar lo duro de la decisión, se decretó que la antigua había merecido bien de la patria. Se la coronaba y se la echaba.

La Comuna del 10 de Agosto se obstinaba en subsistir; no quería ser ni echada ni coronada. Su secretario Tallien, en la sección de las Termas, cerca de los Franciscanos, pidió que se hicieran armas contra la sección de los Lombardos, culpable de censurar á la Comuna. Y lo que pareció aterrador, fué que el presidente Robespierre habló en el mismo sentido, en el seno del Consejo general, en el Hotel de Ville. Un amigo de Robespierre, Lhuiller, en la sección de Mauconseil, sostuvo la opinión de que el pueblo se levantara y sostuviera con las armas á la Comuna contra la Asamblea.

Era evidente que la Comuna estaba resuelta á mantenerse por todos los medios. Tallien se encargó de atemorizar á la Asamblea. Aquella misma noche fué con un grupo de hombres armados con picas y recordó insolentemente: «que la Comuna había hecho subir á la Asamblea al rango de representantes de un pueblo libre»; elogió los actos de la Comuna, especialmente la prisión de los sacerdotes perturbadores. «Dentro de pocos días, dijo, el suelo de la libertad se verá libre de su presencia.»

Esta última frase, horriblemente equívoca, levantaba una punta del velo. Los directores estaban decididos á conservar la dictadura, si era preciso, por una matanza. Tallien no hablaba más que de los curas; pero Marat, que por lo menos tuvo siempre el mérito de la claridad, pedía en sus escritos que se matara con preferencia á la Asamblea nacional.

Eran las dos de la noche; la banda que representaba el pueblo y que seguía á Tallien, solicitó que se la permitiera desfilar en el salón «para ver, decían, á los representantes de la Comuna», afectando creer que estaban en peligro en el seno de la Asamblea. Esta se mostró muy firme y mandó decir que no entrarían. «Entonces, dijo el orador de la banda con un tono de candidez feroz, entonces no somos libres.» El efecto fué precisamente el contrario del que se había esperado. La Asamblea se irritó y se mostró decidida á tomar medidas severas y el procurador de la Comuna, Manuel, creyó prudente calmar aquella agitación haciendo prender al orador.

Al siguiente día, Huguenin, procedente de la Comuna, fué á entretener á la Asamblea con unas frases de reparación ilusoria. El objeto

era probablemente, encubrir lo que preparaban los directores. Firmemente convencidos de que sólo ellos podían salvar á la patria, querían, por medio del terror, asegurar su reelección. La matanza quedó desde entonces decidida en su ánimo.

No era necesario ordenar: bastaba con dejar París en el estado de sordo furor que hervía en el fondo de las masas. Aquella gran masa de hombres, que desde la mañana á la tarde, con los brazos cruzados y el vientre vacío, paseaban por las calles, sufrían infinitamente, no solamente por su miseria, si no por su inacción. Aquel pueblo no tenía nada que hacer y pedía que se le ocupara en algo; vagaba, sombrío obrero, buscando al menos alguna obra de ruina y de muerte. Los espectáculos que tenía ante sus ojos no eran los más á propósito para calmarle. En las Tullerías se veía expuesto un simulacro de la ceremonia fúnebre de los muertos del 10 de Agosto que pedían siempre venganza. La guillotina permanente en el Carrousel era una destrucción, los ojos estaban ocupados, pero las manos permanecían ociosas. En algun momento se habían empleado en detrazar las estatuas de los reyes. ¿Mas por qué romper las imágenes y no á los representados? ¿En lugar de castigar á los reyes en pintura no hubiera sido mejor apoderarse del que estaba en el Temple, de sus amigos, de los aristócratas que llamaban al extranjero? Vamos á combatir á los enemigos á la frontera, decían, y los dejamos aquí.

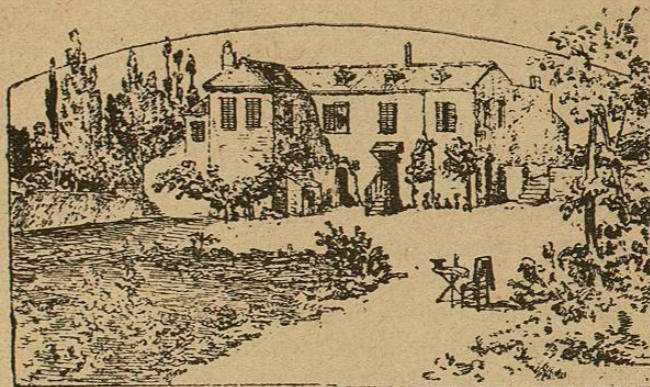
La actitud de los realistas era singularmente provocadora. No podía pasarse por cerca de las prisiones sin oírles cantar. Los de la Abadía insultaban á las gentes del barrio, á través de las rejas, con gritos, amenazas y ademanes insultantes. Así se lee en la información hecha más tarde sobre los asesinatos de Septiembre. Un día los de la Force trataron de incendiar la prisión y fué preciso reforzar la guardia nacional.

Ricos la mayor parte de ellos y no importándoles el gasto, los prisioneros pasaban el tiempo en alegres banquetes, bebían á la salud del rey, por los prusianos y por su próxima libertad. Sus queridas iban á verles y á comer con ellos. Los carceleros, convertidos en ayudas de cámara y en recaderos, iban y venían por mandato de sus nobles dueños, llevaban, subían, delante de todo el mundo, vinos finos y manjares delicados. El oro corría en la Abadía. Los hambrientos de la calle miraban y se indignaban; preguntaban de donde les venía á los prisioneros aquel Pactolo inagotable; se suponía, y quizá la suposición no era infundada, que la enorme cantidad de asignados falsos que circulaba en París y desesperaba al pueblo se fabricaba en las prisiones. La Comuna dió á esta sospecha nueva consistencia, al ordenar una información. La multitud se sentía deseosa de simplificar la información matando á todos sin distinción, aristócratas, falsarios y monederos falsos, rompiéndoles en la cabeza la plancha falsa de los asignados.

Otra idea se inició á la tentación de asesinato; idea bárbara, infan-

til, que tantas veces se encuentra en la primera idea de los pueblos, en la más remota antigüedad; la idea de un expurgo moral, grande y radical, la esperanza de sanear al mundo por el exterminio absoluto del mal.

La Comuna, órgano en esto del sentimiento popular, declaró que prendería no á los aristócratas solamente; si no á los estafadores, á los jugadores, á las gentes de mal vivir. El asesinato, y este es un hecho poco notado, fué más general en el Chatelet, en donde estaban los ladrones que en la Abadía y en la Force, donde estaban los aristócratas. La idea absoluta de un esfuerzo moral dió á muchos de ellos una terrible serenidad de conciencia, un terrorífico escrúpulo de no ceder ante nada. Un hombre fué algunos días después á confesar á Marat que había tenido la debilidad de librar á un aristócrata y hacía esta confesión con los ojos llenos de lágrimas. El amigo del pueblo le habló con bondad, le dió la absolución; pero aquel hombre no se perdonaba á si mismo, no lograba consolarse.



CAPITULO X

Preludios de la matanza (1.º de Septiembre 92.)

Ningún hombre, ni Danton, ni Robespierre dominaron la situación.—Caracteres diversos de los que querían la matanza.—Influencia de los maratistas sobre la Comuna.—La Comuna obstinada en no disolverse.—Preludios de la matanza.—La Asamblea para tranquilizar á la Comuna, revoca su decreto.—Robespierre aconseja á la Comuna que entregue el poder al pueblo.—Del comité de vigilancia, Sergent, París, cuñado de Santerre, amigo común de Robespierre y de Marat.—Introduce á Marat en el comité de vigilancia.

En aquellas profundas tinieblas que todo contribuía á espesar en que la idea de justicia, bizarramente pervertida, contribuía á obscurecer el último fulgor de lo justo, la conciencia pública se hubiera quizás conservado, si hubiera habido un hombre bastante fuerte para guardar la suya, por lo menos, y mantener firme y elevado su corazón.

No precisaba salir al encuentro del furor popular, si no cernerse en superiores alturas, hacer que el pueblo viera en aquellos que le inspiraban confianza una serenidad heroica que le asegurara, le afirmara, le elevara por encima de los bajos y crueles pensamientos del miedo. Una sola cosa faltó en aquella situación, la única que salva á los hombres cuando en ellos se obscurece la razón, un hombre verdaderamente grande, un heroe.

Robespierre tenía autoridad; Danton tenía fuerza; ninguno de ellos fué el hombre necesario, ninguno se atrevió.

El jefe de los Jacobinos, con su gravedad, su tenacidad, su poder moral; el jefe de los Franciscanos, con su energía y sus instintos magnánimos, no tuvieron sin embargo ni uno ni otro una sublime facultad, lo único que pudo iluminar, transfigurar el sombrío furor del momento. Les faltaba enteramente esa cosa, común después y más rara entonces de lo que generalmente se cree. Para arrojar de los corazones el demonio de la muerte, hacerle avergonzar de si mismo, despeñarle á sus ti-